

# DISCURSO INAUGURAL

LEIDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1919 A 1920

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

# UNIVERSIDAD DE BARCELONA

FOR

D. ANGEL BERENGUER Y BALLESTER

CATEDRÁTICO

DE LA FACULTAD DE CIENCIAS



BARCELONA

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, DE SERRA Y RUSSELL  
RONDA UNIVERSIDAD, 6 : TELÉFONO 861

1919

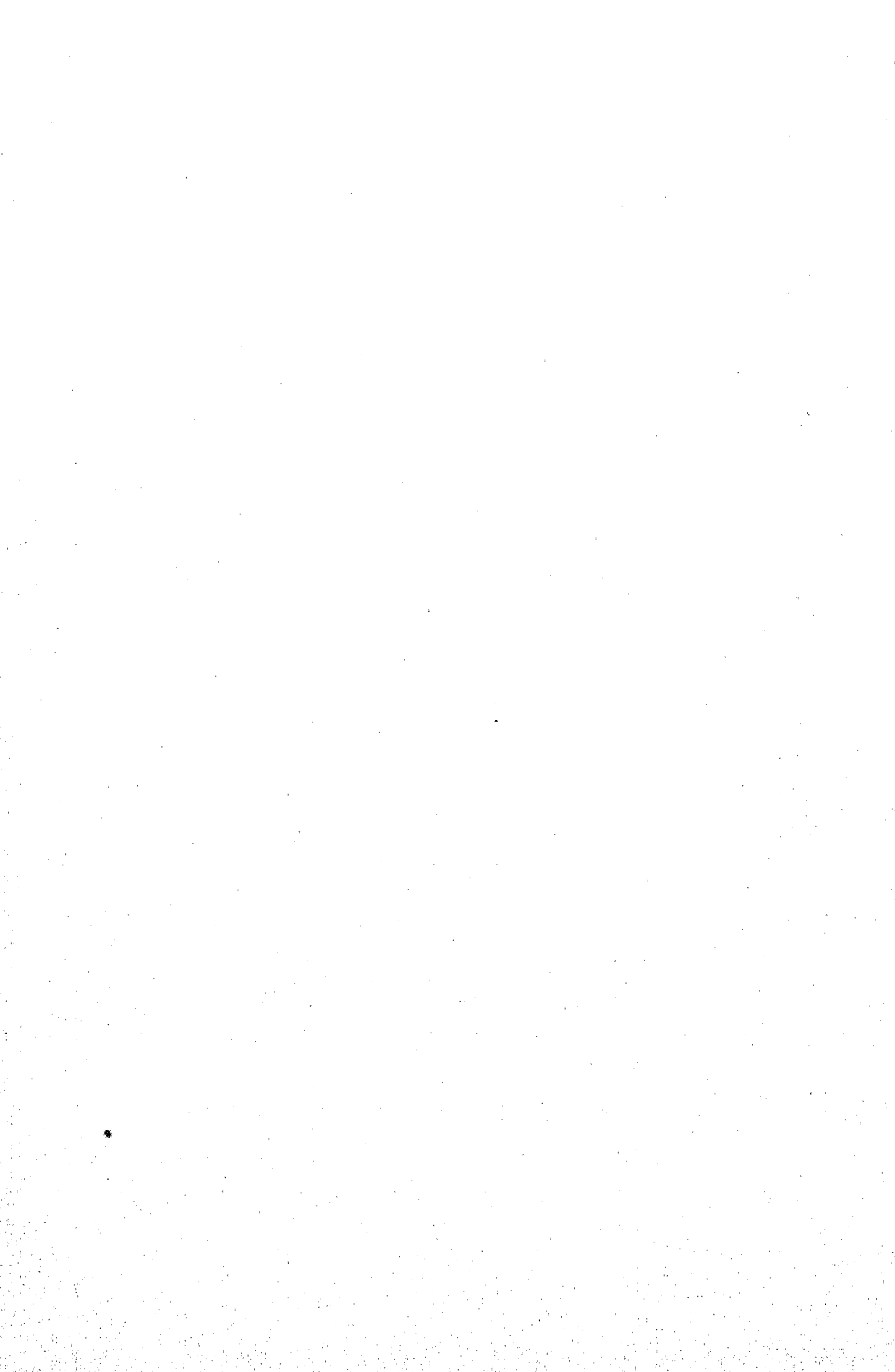


DISCURSO INAUGURAL

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701724854



# DISCURSO INAUGURAL

LEÍDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1919 A 1920

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

# UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR

D. ANGEL BERENGUER Y BALLESTER

CATEDRÁTICO

DE LA FACULTAD DE CIENCIAS



BARCELONA

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, DE SERRA Y RUSSELL

RONDA UNIVERSIDAD, 6 : TELÉFONO 861

1919



LA EDUCACIÓN MORAL  
EN NUESTRAS UNIVERSIDADES

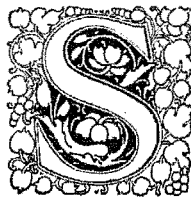




EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

SEÑORAS:

SEÑORES:



Si con plena y satisfecha voluntad hubiera yo de ocupar esta tribuna en la solemnidad presente, a buen seguro que no molestaría vuestra atención ni un solo instante; porque, lo digo sin asomo de mundano artificio, careciendo de las condiciones de orador para instruir, mover y deleitar a la vez, en lugar de un elocuente discurso repleto de profundos pensamientos, mi pueril ingenio sólo puede ofrecer pobres ideas en desaliñado estilo. Escuchadme con benevolencia, ya que hoy tengo el honor de dirigiros la palabra por cumplir un deber ineludible.

\*  
\* \*

Dudas, y aun desaliento en algunas ocasiones, me ha producido la elección de tema para este trabajo, pues altas cuestiones de enseñanza han sido desarrolladas aquí, de modo brillante, por eminentes claus-

trales en actos como el que se está celebrando ; grandes síntesis de los conocimientos humanos, también han sido expuestas magistralmente por sabios catedráticos, y los problemas concretos de la ciencia pura, en mi opinión, están excluidos de estas fiestas por falta de amenidad. Mas ante la importancia, en los presentes momentos, de cuanto a la vida universitaria se refiere, opté por ocuparme, aun a trueque de que mis fuerzas no correspondan a mis deseos, de *la educación moral en nuestras Universidades* ; asunto de suma trascendencia, no sólo para poder realizar cumplidamente en tales centros de cultura la doble finalidad que responde a su actual concepto, cual es, la enseñanza de las ramas superiores de la ciencia, y la organización de originales investigaciones, sino también, porque, como decía elocuentemente, el muy ilustre doctor Martínez Vargas, en su concienzuda oración inaugural del pasado curso : « El destino de la vida de cada individuo, como célula social, empieza a delinearse en la escuela primaria, pero alcanza su período crítico en la adolescencia, precisamente cuando se asiste a la Universidad. Entre ésta y la escuela se moldea el carácter de todos los individuos y al cabo de unos años se forma el carácter de un pueblo... » ; y en otro pasaje : « La Universidad prepara, además, los hombres de Gobierno, y según sea la dirección, el ejemplo, la disciplina, el sentimiento del deber, el culto a la austeridad en que se inspiren, así serán los gobernantes y los resultados que den a la nación ».

La Universidad, pues, al mismo tiempo que conduce el entendimiento de los jóvenes escolares a la posesión de las verdades científicas, debe despertar, o mantener latentes si ya en sus almas existen, nobles

y elevados sentimientos, formando así hombres íntegros, perfectos ciudadanos, caracterizados por su amor a la patria, por su lealtad, por su decoro, por su amor al orden y al trabajo, por su fidelidad a las leyes, por su obediencia, por su respeto a la libertad de acción de todos, es decir, a los derechos de cada uno en su esfera; y, en fin, por su amor al Primer Principio, al Último Por Qué de todas las cosas, ante el cual la razón tiene que postrarse, si no quiere negarse a sí misma.

En los centros superiores de enseñanza, además de cultivar las juveniles inteligencias de los alumnos, estimularlas para obtener de ellas el mayor rendimiento posible y premiar el talento, hay que ejercer una acción intensa y sostenida sobre los corazones, que abandonados en la adolescencia, edad la más peligrosa para la moral, pueden ser ganados por las malas pasiones sin freno, y de un hombre de profundos conocimientos en ciencias, letras o artes, hacer un elemento nocivo a la sociedad.

Por otra parte, la exposición y conquista de la ciencia deben desarrollarse en un ambiente tranquilo, con espíritu sereno, sin que la atención se desvíe del principal objetivo que la ocupa. El profesor para enseñar, y el discípulo para aprender, necesitan que no se perturbe la paz de las aulas, ni el sosiego del ánimo en los laboratorios; que mientras permanezcan uno y otro en el templo de Minerva, y al abandonarlo para dirigirse a sus hogares, no les preocupe la idea del sobresalto que produce el desorden y la vehemencia de las multitudes. En pocas palabras: para que la vida de la Universidad transcurra normalmente se ha de evitar toda indisciplina estudiantil; y esto creo que sólo se consigue con una cuidadosa educación moral.

Pero en la Universidad, tal educación, ¿es posible, habiendo algunos padres — pocos por fortuna — que en familia llegan, a veces, hasta desautorizar al profesor de su hijo?; ¿es posible, cuando la libertad de la cátedra conduce a lamentables contradicciones entre los maestros?

No me propongo criticar, sino inducir; no es mi deseo demoler, sino edificar. Cada catedrático, a más de instructor, ha de infundir, ha de excitar, ha de mover los nobles sentimientos, las buenas acciones, y como en la Iglesia Católica los directores de conciencia tienden en sus exhortaciones a la salvación eterna de sus dirigidos, los maestros, todos deben converger a un mismo punto, deben seguir, sin apartarse de ellas, las directrices que los conduzcan a formar de sus discípulos caracteres enérgicos, que sepan siempre subordinar sus ideas, sus intereses y sus afectos a fines elevados; y esto por la vida y esplendor de la Universidad, por la prosperidad de la Patria.

\* \* \*

Un excelso principio, un sublime ideal ha de informar los actos de los pueblos civilizados, ha de orientar sus esfuerzos, ha de ser el poderoso acicate que los impulse por el glorioso camino del progreso. Ese principio, ese ideal de extraordinaria elevación, es el bien de la humanidad, que aumenta laborando cada uno de esos pueblos por su engrandecimiento; engrandecimiento cuya base es la seria y profunda instrucción. Porque, sin instrucción, la antorcha que ilumina al verdadero sabio para llegar a las más altas concepciones, y le permite descubrir los arca-

nos de la naturaleza, la razón, es como una luz mortecina y vacilante, que no dejando ver con claridad los objetos hace tropezar, y aun caer en muchos casos. Sin instrucción, las tradiciones se olvidan o tergiversan, las costumbres se relajan, los ideales se pierden : sin instrucción por tanto, decae, se desvanece el alma de un pueblo, cuya ruina, así, se hace inminente.

En cambio, la instrucción que da a conocer las verdaderas doctrinas, que respeta los preceptos más santos y combate los más funestos errores; ésa, satisface la aspiración constante del entendimiento, conduce rectamente la voluntad, remueve los obstáculos que se oponen a la marcha venturosa del país en que se desarrolla y es abundante manantial de riquezas; pues la Agricultura, mejorando los procedimientos de cultivo, aumenta sus productos; la Industria, perfeccionando las máquinas, avalora sus trabajos; el Comercio, conquistando nuevos mercados, ensancha sus horizontes, y todo ello confortando el espíritu popular lo dignifica, lo eleva.

Pero tal virtualidad no es esencial en la instrucción, que por sí sola puede hacer sabios, nunca formar hombres cabales. El vigor que la instrucción comunica al espíritu de un individuo, de un pueblo o de una raza, la recibe de la buena educación, la cual, en sus tres ramas principales, necesita de aquélla para la mayor eficacia y completo éxito de su hermosa obra. Porque, ¿quién, que desconozca los preceptos de la Higiene podrá emplearlos?; ¿quién duda que usará mejor de la razón el que sepa más Lógica?; ¿cómo cumplirá y hará cumplir los deberes morales el que los ignore?; ¿cuál tendrá más en peligro su fe, el hombre versado en las doctrinas de la Iglesia o el piadoso

empírico? Y véase cómo, una educación bien dirigida, puede hacer brotar a raudales la prosperidad social de una sana y sólida instrucción. Esta provee al espíritu de ideas, conocimientos y doctrinas, que utiliza la educación para el adecuado ejercicio, la penetrante exhortación y el ejemplo imitable, dando así actividad a las facultades humanas, las cuales, a medida que se cultivan, adquieren energía y flexibilidad. La salud aumenta, la inteligencia se anima, se hace fecunda; la voluntad adquiere fuerza, se rectifica la conciencia, el corazón se ennoblece, el carácter se forma, crece la moral; el amor al trabajo se desarrolla, la ciencia progresa, las letras y las artes se purifican, avanzan también; el alma siente el placer de lo bello, lo verdadero, lo bueno, y las fuentes de copiosos bienes surgen por todas partes.

Mas para llegar a tan halagüeños resultados, educadores y educandos han de inspirarse en dos grandes ideas: una, que libra al hombre de la ambición de las riquezas; del ansia desmedida, del vehemente deseo de los honores y de cuantas pasiones pueden atormentarle, sacando el alma de los límites de este mundo para mirar más allá del sepulcro, es la idea de otra vida, en que hay sanciones y recompensas: la segunda, que condensa en un solo pensamiento el país donde se ha nacido, el cielo que lo cubre, las instituciones que lo rigen, el idioma que en él se habla, los tiernos e íntimos afectos que en él se tienen, es la idea de patria. Y, claro que, la educación así orientada, debe emplear como precioso instrumento en su gran empresa la verdadera instrucción, es decir, aquella que al saciar el constante deseo de saber, manifestado en todos los tiempos y en todos los lugares, muestra con claridad meridiana la existencia de un Ser superior,

omnipotente, de ilimitada sabiduría, causa primera de todo lo creado.

Porque, si se enseñara que todo es materia y movimiento, que allí donde uno mejor se encuentra es la patria cuya única frontera está marcada por las cajas de caudales de los ricos; y que sólo en la tierra se premian o castigan las obras de los hombres, entonces habría que decir de esta instrucción lo que Metrodoro escribía a su hermano: «¡Oh qué gozo, qué gloria para mí el haber aprendido de Epicuro el modo de contentar mi estómago!; porque en verdad, Timócrates, el bien soberano del hombre está en el vientre». Pero tamaño extravío no debe llamarse instrucción, sino locura. La moral correspondiente sería el caos: pues ¿para qué persistir en la práctica de la virtud, cuando no proporcione algún placer, si la esperanza del premio acaba con la vida?; ¿para qué servir a nuestros semejantes, si el altruismo en este mundo suele ser pagado con la ingratitud? Las malas acciones, las pasiones más bajas, que proporcionen provecho individual o colectivo serían cosas corrientes; los actos heroicos, los nobles sentimientos, que dejen de satisfacer el interés, la ambición, el orgullo, se practicarían poco. El robo, el asesinato, el incesto, no se predicarían; pero tendrían lugar con gran frecuencia; y el egoísmo, la soberbia, el dolo, dominarían a la liberalidad, la humildad y la buena fe. Instrucción y moral de ese jaez derriban a los pueblos, que antes de su completa destrucción pueden redimirse, si contienen su vertiginosa caída con la buena doctrina; «porque, como dice el insigne Jovellanos en su *Memoria sobre Educación Pública*, el dominio del error no puede ser estable ni duradero; pero el imperio de la verdad es eterno como ella».

Instrucción y educación, por consiguiente, concurren de consuno a la elevación o decadencia de la sociedad ; instrucción y educación, laborando simultáneamente, hacen respirar a las naciones las auras puras de la libertad, o las ahogan con el angustioso dogal de las tiranías colectivas ; instrucción y educación engendran en los pueblos altos ideales, o los llevan a la humillación y a la muerte.

Pero de estos factores que cambian la psicología del hombre y de las masas, aunque la educación como fuente de prosperidad social mana de la instrucción, cual lo demuestran sus consecuencias felices o funestas, según la calidad de la instrucción, corresponde considerar en lugar preferente la acción educativa, que modifica el ser humano en su naturaleza y cualidades esenciales. Y no sólo por esto, sino también porque la mencionada acción ejerce su influencia en la enseñanza misma para hacerla fructífera, pues que siempre da frutos, si bien en ocasiones suelen ser manzanas de discordia.

Pero educar es llevar, conducir, habituar ; es engendrar, « es, como dice Julio Simón, la operación por la cual un espíritu forma otro espíritu y un corazón otro corazón ». Si, pues, el corazón de los educadores es avieso, y su espíritu no ha sabido o no ha querido llegar a las regiones de la luz, torcidos y fuera de regla serán el espíritu y el corazón de los educandos.

La trascendencia de una instrucción seria y profunda, como al principio dije, y de una acción que eduque las potencias del alma para amar cuanto es bello, es verdadero y bueno, queda fuera de duda. A la moral de una educación así dirigida, me voy a referir en adelante.



\*  
\* \* \*

Favorecer el desenvolvimiento del organismo humano, y regular el ejercicio de sus funciones para conservar la salud, que hace grata la vida, es conveniente, por aquello de *Mens sana in corpore sano*. Necesario es también el desarrollo de la inteligencia, que piensa, que razona, que busca y encuentra la verdad, que permite al hombre llevar a cabo descubrimientos asombrosos. Pero la educación de la voluntad y los sentimientos es indeclinable; porque, como decía el Padre Manjón en el discurso leído por tan eminente pedagogo, en el Congreso Católico de Compostela del año 1902: « El corazón es la base de la educación; es lo primero y lo último y lo más importante de todo. El hombre es hombre por el querer; es persona moral por la voluntad ». Así, pues, aun siendo el *desiderátum* de los pueblos, que sus individuos todos tengan constitución fuerte, claro entendimiento y recto sentido moral, deben tender principalmente y con el mayor interés a esto último, es decir, a formar hombres buenos, hombres morales, cuya educación esté fundada en principios tan firmes que permitan luchar a tales hombres contra las borrascosas y sublevadas pasiones, y si acaso en esta lucha caen vencidas algunas o todas las virtudes que adornaban su espíritu, pueden brillar de nuevo, ya por súbita acción de la voz acusadora de la conciencia, ya porque una mano experta, más pronto o más tarde, sepa hábilmente hacerlas revivir.

La sociedad en que la educación moral de la mayor parte estuviese apoyada en la fe, en la verdad, en el respeto mutuo, en el altruísmo y en la justicia, disfrutaría de paz. Cualquier germen de indisciplina no

prosperaría, porque la fe engendra amor, despierta entusiasmo y lleva a la abnegación; la verdad impone la razón en los arrebatos, el respeto mutuo da libertad, el altruismo destruye el inmoderado amor propio, y la justicia evita la violencia. Semejante educación sería el antídoto más eficaz contra las malas doctrinas, pues la vanidad no dominaría a la opulencia, sino el desprendimiento; habría resignación en la pobreza, en la alegría moderación, y conformidad en los infortunios.

El interés de un pueblo, por consiguiente, está en educar sus diferentes clases de modo que cada individuo, en su esfera, contribuya a la felicidad de la patria sirviéndola con honradez y talento. Los llamados a dirigir los negocios públicos cortando de raíz los males presentes, teniendo clara visión del porvenir, promulgando leyes que eleven el nivel de la nación que gobiernan, y no necesitando emplear el mandato y la fuerza por haber sabido ganar el corazón de los gobernados. Estos a su vez, sintiéndose dichosos al encontrar ventajas en aquello a lo cual se dedican, o en aquello a que se les destina.

Suele haber, sin embargo, algún país en que, a causa de la apatía y de la indiferencia, tienen muy descuidada la educación moral desde las clases altas hasta las más humildes. Estas últimas, sin hábitos que refrenen los vicios, cuentan en su seno gran número de hombres enemigos del trabajo, vagos de profesión, los cuales constituyen la multitud propicia a la diaria algarada, la revuelta periódica y el continuo desorden. Los gobernantes, por su parte, que no pueden dar lo que no han aprendido, o pronto han olvidado, lanzan disposiciones a granel; unas dictadas por el miedo, otras por la presión de la influencia, y todas sin más fin que

satisfacer de momento peticiones absurdas, muchas veces, de masas inconscientes, convirtiendo en comedia funciones que son trascendentales y merecen, por tanto, gran respeto. ¡Ah, señores; tal país puede perderse! Y si aun traemos a la memoria que hubo tiempos mejores, épocas florecientes en centurias pasadas, habremos de exclamar cual Cicerón en su catilinaria : «¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!»

No hay por eso que abandonarse al pesimismo. Si cada ciudadano de semejante país sacude el marasmo espiritual que lo invade ; si los padres de todas las categorías sociales y los maestros de todos los órdenes de enseñanza laboran, y laboran con entusiasmo a la medida de sus fuerzas, aprovechando las gloriosas tradiciones, la grandiosidad de la naturaleza, las lecciones de la historia, la magnificencia de las ciencias, la belleza de las artes y las santas doctrinas de la religión para formar el carácter de los que se educan ; subirán cultas juventudes, de alma virtuosa, fuerte, con fe profunda, llenas de halagüeñas esperanzas, que al ocupar los diferentes sectores de la vida pública la vigorizarán en todas sus manifestaciones. Los filósofos, los oradores, los historiadores y los literatos, ejercerán en la opinión una influencia provechosa, vivificante ; los sacerdotes, los militares, los magistrados y los profesores con su austeridad e ilustración enaltecerán las instituciones a que pertenecen ; los agricultores, los industriales y los comerciantes, por su probidad y talento, impulsarán la producción y la riqueza, y todos unidos con la aspiración común de ser felices, tanto en ésta como en la otra vida, sacarán de un pueblo moribundo quizá, una nación grande, respetada, cuyo nombre, escuchado en labios extranjeros, haga sentir un noble orgullo a quien pueda decir : ¡Esa, es mi patria!

No basta, pues, enseñar a los jurisconsultos las leyes, es preciso educarlos para que en ningún caso arrojen a sus pies la espada de la Justicia.

No basta enseñar a los filósofos y literatos la Metafísica, la Historia y la Literatura; es necesario educarlos para que jamás desfiguren o destruyan esos bellos y suntuosos monumentos elevados por el espíritu humano.

No basta enseñar las ciencias naturales a los que las hayan de profesar; es indispensable educarlos para que nunca empañen el espejo donde se reflejan los atributos del Creador.

Es inexcusable que la educación moral acompañe en todos sus grados a la instrucción, la cual puede, abandonada aquélla, borrar con enseñanzas tendenciosas, o por falta de ejercicio antes de la edad madura, los buenos sentimientos, las hermosas virtudes adquiridas en la niñez.

La educación de las acciones y de los afectos para cuantos por la cultura de su inteligencia puedan llegar a ocupar altos cargos en la sociedad, no debe limitarse a la que reciben bajo la autoridad del padre, los tiernos cuidados de la madre, y la solícita dirección del maestro de primeras letras; es de todo punto necesario que continúe, intensa y progresiva, en los Institutos generales y técnicos y en las Universidades, fortificando con las elevadas enseñanzas las virtudes adquiridas ya, inspirando la que conduce al sacrificio de la voluntad y hasta de los bienes por la felicidad pública e infundiendo valor al espíritu, tan necesario en aquellos a cuyas manos puede ir el gobierno para acometer grandes empresas y afrontar sin miedo los peligros que amenazan a la nación.

Además, muchos jóvenes de los que acuden a recibir la enseñanza de las Universidades deben dejar la

familia, separarse de sus padres e ir a luchar sin el apoyo de éstos y sin experiencia contra los numerosos enemigos que los rodean en las grandes urbes donde radican aquellos centros de cultura, necesitando una enérgica voluntad para no ser vencidos por las malas pasiones. La víctima envuelta por el torbellino de esos desordenados afectos, está perdida, no sólo moral sino físicamente, y si al partir del hogar paterno era un individuo sano, robusto y virtuoso, tal vez retorne a los brazos de los seres queridos con el cuerpo enfermizo, y el alma agonizante, o quizá muerta.

Es un deber no abandonar la juventud estudiosa a sus propias fuerzas, principalmente en estos tiempos críticos cuyos cambios de orientación pueden llevar al loco desenfreno de una completa anarquía ; porque las doctrinas deletéreas que se apoderan de las cultas inteligencias llegan con asombrosa rapidez a dominar el corazón de la gente inculta, y si semejantes doctrinas predominaran en toda la sociedad, cuanta labor se ha llevado a cabo en los pasados siglos para alcanzar el actual grado de civilización quedaría destruída por el fuego y la sangre.

Desgraciadamente, sombrías nubes aparecen por todas partes ; de los cuatro puntos cardinales avanza desoladora tempestad ; a cualquier sector del horizonte que se mire la obscuridad impide ver cual sea la orientación más conveniente a la vida ; y en tales circunstancias, se puede ejercer perniciosa influencia sobre las jóvenes generaciones.

En primer lugar, los planes de enseñanza hasta ahora vigentes sólo permiten hacer un ligero estudio de las ciencias.

«¿Quieres detenerte? No puede ser. ¡Adelante!  
¡Adelante! No he comprendido bien, apenas me he

formado idea de este pensamiento por una simple lectura... ¡Adelante! ¡Adelante! Nuevo Judío Errante debes caminar sin descanso ; atravesarás las Matemáticas, la Física, la Química, la Zoología, la Botánica, la Geología, la Historia de todos los pueblos, la Geografía de las cinco partes del mundo, dos lenguas vivas, varias Literaturas, la Psicología, la Lógica, la Moral, la Metafísica, la Historia de los sistemas... Adelante, marcha hacia la medianía y sal del Instituto de segunda enseñanza con la costumbre adquirida de verlo todo superficialmente y juzgar por las apariencias.»

«Esta vertiginosa carrera no se moderará en la Universidad donde, por el contrario, aumentará en velocidad para muchos estudiantes.»

Los dos últimos párrafos, tomados del excelente libro *La educación de la Voluntad*, de Julio Payot, se han de tener muy en cuenta, cuando, por virtud de su autonomía, las Facultades universitarias hayan de organizar los estudios que les corresponden, evitando lo superfluo, en beneficio de los conocimientos absolutamente necesarios a la profesión para la que cada una de dichas Facultades habilita, y del inmediato efecto útil de tales conocimientos ; porque si se olvidan esas palabras del citado profesor de filosofía, continuarán cuadrando a nuestros sistemas de enseñanza, de la cual si algo queda al presente en el entendimiento de los alumnos más aprovechados es un cúmulo de ideas frívolas, secas ; una instrucción que carece de profundidad, que engríe sin ilustrar, y comunica al carácter la falta de energía de la inteligencia.

Por otra parte, si el conocimiento de cuanto nos rodea y de nosotros mismos, si la explicación de las relaciones del hombre con el mundo, se apoyan exclusivamente en la experiencia, en hechos, es decir en

nociones *à posteriori*, o se apela a intuiciones sin otra fe que una confianza ciega en la limitada razón humana, apartándose de la Causa eficiente del universo, se engendra doctrina loca que, en el paroxismo de su delirio, suele llevar al espíritu por un intrincado laberinto de errores, cuyo mal menor será la pérdida de tiempo en perjuicio de la verdadera ciencia.

Así lo expresó el eminente matemático Agustín Cauchy, en la hermosa página que inspiró al abate Moigné el capítulo XIII del libro segundo de su obra *Los esplendores de la Fe*. Después de recomendar a todo sabio someter al examen de otros «que cultiven la misma ciencia», los resultados de sus profundos estudios, para estar seguro de no haber llegado a conclusiones, que se hayan de abandonar por «incompletas y falsas», termina diciendo: «Mas no basta esto todavía. Si busca realmente la verdad, deber suyo es rechazar sin vacilación toda hipótesis que se halle en contradicción con las verdades reveladas. Este punto es capital, no digo en interés de la religión, sino en interés de la ciencia misma. El haber olvidado esta verdad ha motivado que algunos sabios tuvieran la desgracia de perder en vanos esfuerzos un tiempo precioso, que debería haberse aprovechado para hacer útiles descubrimientos».

Pero no sólo pérdida de tiempo produce el contraponer la razón a la fe dogmática. La ciencia sin esa fe es más peligrosa que útil para los espíritus, pues un espíritu incrédulo es presuntuoso, porque no reconoce otra inteligencia superior a la humana; es retrógrado, porque suele llevar teorías y sistemas por extraviados caminos que se han de abandonar más tarde para retroceder y comenzar de nuevo; es perezoso o es raquí-tico, porque no ha querido o no ha podido por falta

de vigor elevarse hasta la Verdad absoluta para llegar a comprender lo que otros creen con fe perfecta.

Cuentan de San Francisco de Asís, que al preguntarle por qué recogía cuantos papeles escritos hallaba, contestó : « Son las letras de que se compone el gloriosísimo nombre de Dios ». En efecto, este nombre se refleja en todas las cosas de la creación y está escrito en el cielo por la pluralidad innumerable de astros que se mueven en la inmensidad del espacio conforme leyes sencillas e inmutables. Según frase de Maistre, la filosofía racional « es el prefacio del Evangelio ».

La verdadera ciencia, por tanto, tiene gran influencia en la educación moral ; porque siendo la evidente demostración de la maravillosa armonía del Universo, pone de manifiesto con luz meridiana que el mundo no está regido por el capricho, no es debido a la casualidad, y la razón del que investiga, del que estudia profundamente, tiene que reconocer lo que ya refleja, lo que ya proclama la naturaleza sin necesidad de la ciencia, la existencia de un Creador, de un Ordenador divino, infinitamente sabio e infinitamente poderoso, al cual ni le somos extraños, ni le somos indiferentes.

Además, la ciencia, con sus cualidades de bella y verdadera, obrando como dulcísimo calmante templando el ánimo agitado por las pasiones y mediante la cultura de la facultad de pensar impide, muchas veces, que tales desequilibrios del alma se sobrepongan a los deberes. Mas para que proporcione tan saludables resultados, a la vez que la cabeza, se ha de interesar el corazón en la conquista del saber humano, produciendo en el individuo que aprende modificaciones internas agradables, estados íntimos positivos, los cuales puedan hacer surgir o confortar, si ya existen, laudables virtudes y nobles sentimientos.



Si el maestro consigue que sus discípulos sientan la profunda satisfacción, el placer inefable, que se experimenta cuando, tras de una trabajosa actividad mental, se alcanza la clara solución de una cuestión propuesta; si en la doctrina que estudian llegan a descubrir, no la silueta de una obra ciclópea envuelta por densa niebla, sino claramente iluminado, un objeto de perfecto conjunto y bien definidos contornos, accesible a su capacidad, entonces, con raras excepciones, se despierta en ellos amor a la ciencia y verdadera afición al continuo trabajo.

Pero las acciones y los sentimientos se hacen habituales, llegan a formar nuestro carácter si adquieren intimidad y permanencia en el espíritu por la frecuencia de las causas, por la sostenida acción de sus motivos. Así, pues, aquel amor a la ciencia, aquella afición al estudio, no se reducirán a ráfagas vivas que la pereza apague fácilmente si además de conducir a los jóvenes escolares por cómodos senderos a las cumbres desde donde descubran con claridad las bellezas de la ciencia, se les proponen sencillos trabajos de investigación, síntesis de conocimientos, análisis de hechos, puntos, en fin, a que puedan llegar con las doctrinas adquiridas ya; pero dejándolos, en cuanto sea posible, orientarse por su propia iniciativa, para que, cuando después de intenso trabajo alcancen el deseado objeto, se produzca en ellos la agradable y suave emoción consiguiente al amor propio satisfecho y a la idea del aplauso que del profesor y de los condiscípulos han de recibir. Esa emoción, reiterada durante la carrera, une fuertemente el pensamiento, el propósito de trabajar con el acto, concluyendo por dominar a la pereza.

Si necesario es vencer la pereza para adquirir la costumbre del trabajo y combatir además la indife-

rencia, pernicioso estado de ánimo inherente a ese retardo y flojedad en el obrar, no es de menos interés a la ética de los centros docentes superiores fortalecer en ellos la disciplina respetando la religión del Estado, vigorizando el amor a la patria y... ¿por qué no decirlo? alejando de sus claustros la política.

¡Religión!, ¡cuán despreciada eres!. ¡Excelsa virtud que nos desprende de las cosas terrenas elevando nuestro corazón hasta Dios!; ¡sobrenatural inspiradora de la fe!; ¡constante alentadora de la esperanza!; ¡abundante manantial de purísimo amor!; ¡cuán abandonada estás!

¿Para qué la religión?, dicen algunos espíritus superiores. Sin religión se pueden desarrollar las energías humanas. La razón basta para dominar las pasiones.

¡Y yo me acuerdo entonces de aquel que abrumado bajo el peso de un gran fracaso, de una gran desgracia, piensa en el suicidio; porque le falta la religión, benéfico consuelo en nuestras aflicciones!

¡Y yo me acuerdo entonces de aquel que piensa en el crimen para vengar un ultraje recibido, porque le falta la religión, continua evocadora de la humildad de Cristo!

¡Y yo me acuerdo entonces de esos jóvenes escépticos, desmedrados, descaecidos, abandonados a la locura del libertinaje, porque les falta la religión, suave freno de las bajas pasiones!

No se crea, sin embargo, al escucharme, que pretendo sea cada catedrático un misionero; quede la enseñanza de la religión a cargo de los ministros del culto y de los maestros de primeras letras. Es más: el profesor universitario debe ignorar las creencias religiosas de sus discípulos. Para infundir respeto a la religión, basta

tratar sus dogmas, sus preceptos, su doctrina, cuando sea indispensable, con digna seriedad, teniendo en cuenta que la Universidad es el templo de la verdadera ciencia.

En cambio, para confortar el amor a la Patria, para que no prevalezcan las injusticias u omisiones cometidas por algunos escritores nacionales y extranjeros al hablar de la cultura hispana, haciendo decaer ese sentimiento alentador tan necesario al engrandecimiento de un pueblo, deben darse a conocer en cada cátedra los trabajos españoles referentes a la rama de la ciencia que en ella se explique y encomiar cuantos lo merezcan.

¡No serán pocas las ocasiones en las cuales, durante el curso de la exposición de una disciplina, se pueda citar el nombre de algún insigne compatriota, que ha cooperado al proceso pedagógico de la Humanidad, es decir, al desarrollo de la ciencia!; ¡ni faltarán aquellas otras en que se pueda poner de manifiesto cuanto han contribuido preclaros varones nacidos en nuestro suelo a la cultura de España y aun a la de Europa!

Si, además, la Universidad lleva a cabo exposiciones y publicaciones de trabajos hechos por los alumnos en cátedras y laboratorios; si se organizan actos tales como conferencias, concursos, certámenes, homenajes, en que tomen parte los estudiantes y les proporcionen el aplauso popular; si se premia el exacto cumplimiento de los deberes escolares; si de vez en vez, los claustros, tras de minuciosa información, proponen al Gobierno de Su Majestad, a esos jóvenes estudiosos de verdadero mérito extraordinario por sus trabajos e irreprochable conducta, para distinciones honrosas propias de su edad y condición social; si se alientan, en fin, las nobles y elevadas cualidades del espíritu, en las juventudes universitarias, y se estimulan constantemente esas

cualidades con objeto de darles carácter íntimo y fijeza, se habrá trabajado para tener generaciones de excelentes ciudadanos.

Esforcémonos porque la tan ansiada autonomía universitaria engrandezca nuestra Patria. Hagamos que las Universidades españolas brillen, como en otros tiempos, cual astros de primera magnitud. Mas para ello, es preciso que maestros y discípulos cumplamos con austeridad cuanto imponen la trascendente misión de educar y el inexcusable deber de educarse ; es necesario que impere el orden, la armonía, el compañerismo, el espíritu de sacrificio ; es indispensable que la savia vivificadora de estos centros de cultura llegue a todas partes, despertando la simpatía y el cariño de la opinión pública ; hay que apartar de tales instituciones docentes la política, tan incompatible con la ciencia, que no caben en el mismo recinto, porque la ciencia es doctrina de confraternidad, de paz ; la política es doctrina de apasionamientos, de guerra... y el fragoroso ruido de Marte distrae, ¡ naturalmente !, la atención del sabio.

Para completar esa labor moralizadora de las aulas sería muy conveniente instituir asociaciones escolares, una por cada Universidad, que fueran prolongación del correspondiente centro de enseñanza. Asociaciones formadas por profesores y alumnos ; no con fines políticos, no con idea de transgredir las disposiciones vigentes sobre enseñanza, sino para fomentar la mutua estimación entre maestros y discípulos, para hablarse de corazón a corazón, sin menoscabo, es claro, de los deberes de unos y otros, y para substraer a los jóvenes estudiantes de la vida individual, que expone a toda clase de sugerencias nocivas.

Cuanto perfeccione el cuerpo y el alma del hombre debe ser objeto de estas asociaciones. Simulacros de juicios orales, de oposiciones, conferencias a cargo de los catedráticos, de los alumnos y de cuantos sientan amor por la cultura. Representaciones teatrales de obras clásicas y de las compuestas por estudiantes que merezcan tal honor, encargándose de la crítica de unas y otras estudiantes también. Publicaciones periódicas serias y festivas, redactadas por escolares. Excursionismo, atletismo, *foot-ball*, pelota vasca, y, en general, aquellos ejercicios y juegos que influyan en el desarrollo físico y en la educación moral, habituando a la disciplina de los equipos, que no hacen lo que les dicta la fantasía, sino necesariamente lo que se presenta, colaborando por convicción con los otros, cual debe colaborar en la vida real, engranaje tan delicado, que si una rueda se para o marcha torpemente, todo el movimiento se perturba.

También será provechoso a la finalidad de tales asociaciones entablar relaciones y nobles competencias entre ellas, estimulando por todos los medios honrados el éxito de los actos que se lleven a cabo. Si además se las dota de canciones escolares, de himnos propios, que al entonarlos, hagan vibrar en el pecho de los estudiantes el entusiasmo por el centro a que pertenecen, ¡ah señores!, tengo fe en que arraigarán de tal modo las virtudes, los nobles sentimientos y los elevados ideales nacidos al calor de la Universidad y vigorizados por las emociones experimentadas y los triunfos obtenidos en ella, que con el íntimo amor a esa *alma mater* de tantos bienes, éstos durarán de por vida en el espíritu de quien los haya recibido.

Ya se me alcanza que no es problema baladí cambiar la psicología de nuestros estudiantes. Tampoco

se me oculta que una tan ardua empresa requiere largo tiempo y mucho numerario ; pero su comienzo urge, porque de la completa educación universitaria depende grandemente la salvación y prosperidad de la Patria.

Recordemos, queridos compañeros y amados escolares, que estamos obligados tanto al bien del prójimo como al propio bien. Trabajemos, pues, para blindar el espíritu con sanas doctrinas y luchar contra esas otras doctrinas disolventes de la sociedad, esparcidas por todas partes, que de no combatirlas con denuedo borrarán del mapa, consumiéndolos en lenta y cruel agonía, los países que caigan bajo su tiránico imperio. Nuestra Patria aun puede salvarse... ¡y se salvará de seguro!, si cada uno de cuantos hemos nacido en su bendito suelo, sea Asturias o Galicia, León o Extremadura, las Castillas o Andalucía, Valencia o Murcia, Baleares o Canarias, las Provincias Vascongadas o Navarra, Aragón o Cataluña, llevamos indeleblemente grabado en el corazón este dulcísimo nombre :  
**¡ESPAÑA!**

HE DICHO



